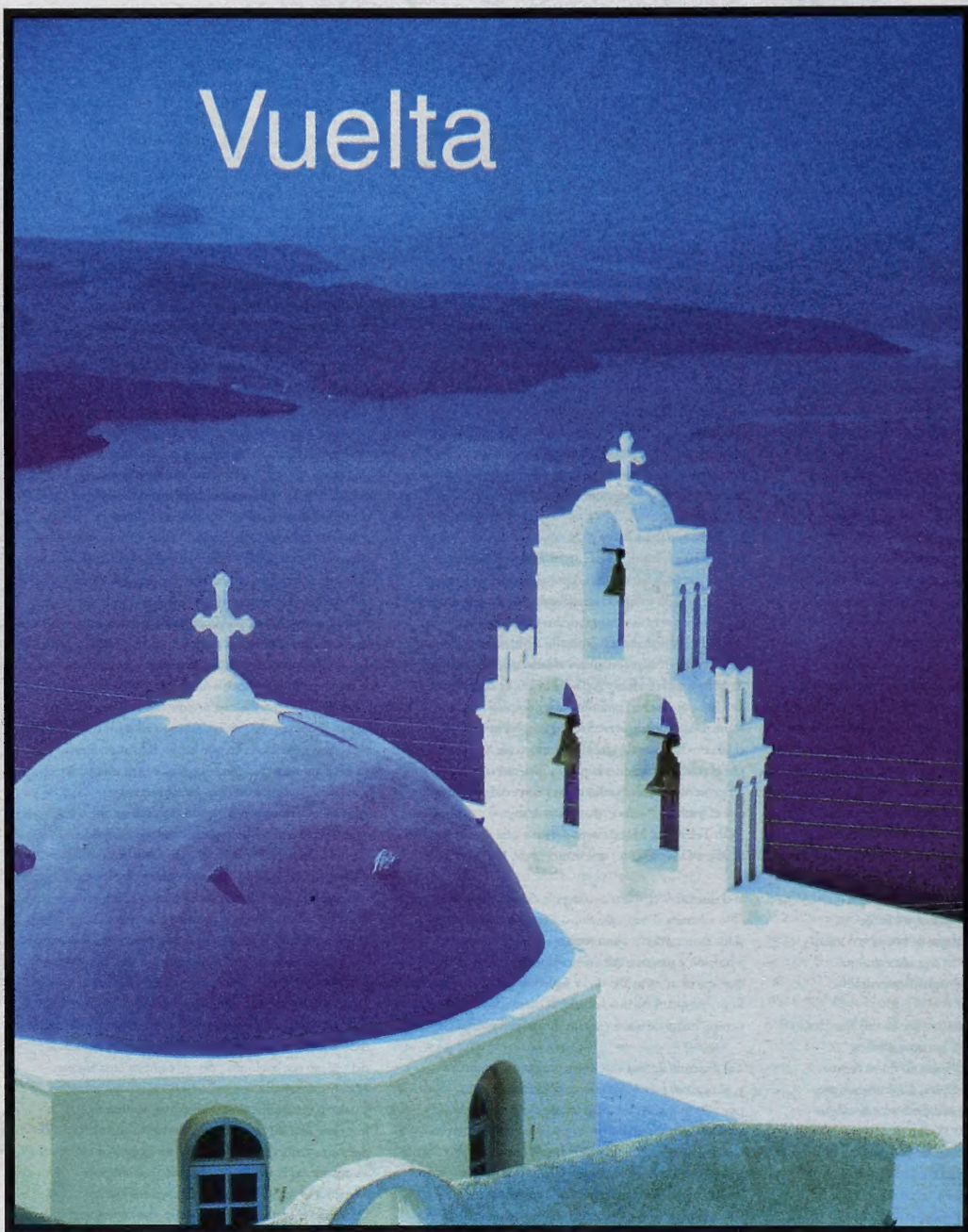


Vuelta



Por Rodrigo Fresán

Se acaba este suplemento, hora del regreso, y cómo impedir que a uno se le deslicen en la valija los versos de cierto tango sobre el eterno retorno: "Ya adivino el parpadeo de las luces que a lo lejos", "Con la frente marchita, las nieves del tiempo platearon mi sien", "Errante en la sombra te busca y te nombra", "veinte años no es nada...", ya saben, todo eso, el tipo apoyado en la baranda de la cubierta del barco y cantando con una sonrisita torcida.

Veinte años es también lo que demora Ulises—cumplida su heroica parte en Troya—en volver a casa. El viaje de vuelta de Ulises/Odisseo—no en vano escrito por Homero con el nombre de *La Odisea*—es seguramente uno de los retornos más largos en

la historia de la literatura a la vez que uno de los más recurrentes, formidables y, finalmente, emotivos. Sí, hay vacaciones que se reservan lo mejor—o lo más aventurero—justo para el final, para el viaje de vuelta.

Homero, poeta ciego y visionario que vivió en el siglo VIII antes de Cristo, reordenó—al igual que lo hiciera en *La Ilíada*—un caos de historias orales y leyendas populares y las elevó al altar de la literatura más poderosa y popular. En *La Odisea* ocurre de todo y Ulises—como en el más sorprendente de los video games—va pasando de stage en stage con un entusiasmo y resignación que ya querría para sí más de una Lara Croft o Ninja Warrior. Hay por lo menos dos maneras y tiempos para leer *La Odisea* y son

dos maneras y dos tiempos que todo mortal debería experimentar. La primera es hacerlo cuando se es chico—limitando con la película con Kirk Douglas—y el segundo, ya instalado en la madurez. Se sabe que en la infancia uno sólo piensa en partir, porque la vida es todo ese mar ahí adelante; mientras que con el correr de los años, en el centro del océano, uno sólo pide tierra firme y calor de hogar. Y volver.

El historiador británico Ian Gibson escribió sobre este reflejo e impulso en una revista de avión con la que volé el otro día. Arranqué esa página. Aquí la tengo: "Ulises, cumplida su misión, sólo desea volver al lado de los suyos en Itaca, deseo frustrado durante casi veinte años por los dioses. Me afectó

profundamente—y lo sigue haciendo—la escena en que llegado por fin a su casa, disfrazado de mendigo, lo reconoce su fiel perro Argos que, viejo y abandonado sobre un montón de basura, se muere por la emoción del reencuentro. Lo que yo no sabía entonces es que Dante, intuyendo que Ulises no habría podido aguantar luego de tantas andanzas el aburrimiento de la vida doméstica, le embarca en una última y fatal empresa más allá de los pilares de Hércules. Así, la vida como viaje sin retorno: metáfora tan antigua como la misma historia humana".

Pero en las páginas que siguen, Ulises vuelve. Como nosotros. Ya llegará la hora de volver a partir. Hasta la odisea del próximo *Verano*/12.

La Odisea

Por Homero

CANTO XVII

Asomaba la Aurora temprana de dedos rosados y Telémaco, el hijo divino del prócer Ulises, anudóse a los pies las sandalias hermosas, la lanza empuñó fuerte y grande ajustada a sus manos y, ansiando verse ya en la ciudad, se volvió hacia el porquero y le dijo: "Chache, es tiempo que torne al palacio y mi madre me vea, pues me doy a pensar que no habrá de ceder en su llanto lastimero y cruel, sus sollozos y lágrimas, sino cuando esté yo en persona a sus ojos. Mas esto te encargo: lleva allá a la ciudad tú también a ese pobre extranjero, que mendigue el sustento por ella y le dé cada uno lo que quiera, una copa o un pan: con mi carga de penas yo no puedo atender a quien quiera que llegue. Y si el huésped se mostrase enojado por ello, peor para él mismo, que, de cierto, mi gusto es decir la verdad sin rebozo.

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ardidés: "Ten seguro, ¡oh amigo!, que yo por mi parte tampoco quiero estar más aquí: para el pobre, mejor que en los campos es pedir el sustento en ciudad. Que me dé aquel que quiera, pues mis años no son para estarme en un ható, sujeto a obediencia de algún mayoral que me mande a su antojo. Vete, pues, y este hombre, a quien tú lo has mandado, me guíe una vez me caliente al hogar y entre más la mañana. Mis vestidos no son más que harapos, no vaya el rocío de la aurora a enfermarme: el poblado está, dicen, muy lejos."

Así dijo y Telémaco, al punto, con ágiles pasos la majada cruzó meditando ruina a los fieros pretendientes. Llegado al palacio de buena vivienda, dejó luego la lanza apoyada en erguida columna y pasó al interior a través del zaguán empedrado.

La primera con mucho en notarle fue el ama Euricles, que tendía tapetes de lana en los ricos sillones, y con lágrimas fuese derecha hacia él. En su torno se reunieron más siervas de Ulises, el héroe paciente, y veníanle a besar con amor la cabeza y los hombros.

La discreta Penélope luego llegó de su estancia, semejante a Artemisa en figura o a la áurea Afrodita, y llorando arrojó los dos brazos en torno del hijo bien amado, besó su cabeza, sus ojos hermosos, y entre vivos lamentos le dijo en aladas palabras: "Has llegado, Telémaco, al fin, dulce luz. No creía ya volverte a ver más tras tu ida secreta en el barco rumbo a Pilo a despecho de mí, por saber de tu padre: mas refiérello todo según lo supiste tú mismo."

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta: "No más quejas, ¡oh madre! No apenas de nuevo mi alma en el pecho después que he escapado a la abrupta ruina. Ve a bañarte primero y, ciñéndote ropas sin mancha, sube allá con tus siervas e invoca en tu estancia a los dioses con promesa de hacerles un tiempo hecatombes cumplidas

si es que Zeus conduce a buen fin vengadoras empresas. Por mi parte hacia el ágora voy, pues he de traerme para acá un extranjero que vino conmigo de Pilo: con mis hombres egregios aquí lo mandé y a Píreo le encargué de llevarlo a su casa, hospedarlo y prestarle atención y cuidado hasta tanto que yo regresase."

Tal habló, mas ninguna palabra escapó ya a su madre, si no fuese a bañar y, cambiando de ropa, a los dioses la promesa ofreció de hecatombes cumplidas si Zeus algún día llevaba a buen fin vengadoras empresas.

Ya Telémaco iba a través de la sala empuñando su gran lanza, seguíanle dos ágiles perros, y Atena tan divino esplendor le vertió por el cuerpo, que todos los que hallaba a su paso quedábanse absortos al verle. En su torno venían a agruparse los fatuos galanes con palabras de halago y urdiendo maldades por dentro, pero él evitó hablar con ellos y al lado sentóse de Mentor, Haliteres y Antifo, amigos de siempre de Ulises, su padre; le fueron haciendo preguntas sobre todo y a poco acercábase al grupo Píreo, el lancero famoso. Al varón forastero venía por el pueblo guiando a la plaza y Telémaco al verlo diligente al encuentro salió de su huésped. Mas antes que él hablase, Píreo dejábase oír y le dijo: "¡Oh Telémaco! Manda a tus siervas a casa y con ellas te enviaré los presentes que otrora te dio Menelao."

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta: "No sabemos, Píreo, qué fin va a tener todo esto: si los fatuos galanes consiguen matarme en mis salas a traición y reparten mis bienes paternos, prefiero que seas tú, no otro alguno de aquellos, quien goce esos dones. Si soy yo quien encima les echa la parca y la muerte, tiempo habrá de que a casa los traigas con mutua alegría."

Tal diciendo llevóse a su hogar al sufrido extranjero y, al llegar al palacio de buena vivienda, dejaron por sillones y sillas tendidas las capas y, yendo a los baños pulidos, bañáronse. Allí las sirvientas, tras dejarlos lavados y ungirles la piel con aceite, les ciñeron la túnica y manto velludo y, saliendo de los baños, marcharon los dos a sentarse en la sala. Con un jarro de oro llegaba al momento una sierva; sobre fuente de plata vertióles el agua en las manos y les puso delante una mesa bruñida; la honrada dispensera, trayéndoles pan, colocólo a su lado y otros muchos manjares sirvió de la rica despensa: frente a ellos Penélope estaba sentada en su silla junto al quicio y haciendo girar sus suaves vellones. Al manjar que delante tenían lanzaron las manos y, una vez satisfecho el placer de comida y bebida, escuchar se dejó la primera Penélope y dijo: "Voy, Telémaco, ya a recogerme en mis salas de arriba, a ocupar aquel lecho doliente que empapan mis ojos con sus lloros sin fin desde el día en que a Ilión marchó Ulises

con los hijos de Atreo; mas tú no te has dado el trabajo, cuando aún no se hallaban en casa esos hombres soberbios, de contarme si algo llegaste a escuchar de la vuelta de tu padre". El discreto Telémaco entonces repuso: "Pues, ¡oh madre!, te voy a decir la verdad toda entera. Arribamos a Pilo: allá Néstor, pastor de sus gentes, acogióme en su excelsa morada con tanto cariño como un padre a su hijo ya ausente de tiempo que acaba de llegar de lejano país: semejantes extremos de agasajo me tuvo y lo mismo sus hijos gloriosos. Sobre Ulises, su vida o su muerte me dijo que nada había oído a mortal que viviese en la tierra; enviéme a inquirir del nacido de Atreo, el famoso en la lanza Menelao, y, armando su carro, me dio sus corceles. A la argólica Helena allí vi, la mujer por quien tanto trabajar hizo el cielo a troyanos y argivos; y el rey Menelao, valiente en la lid, inquirió sin tardanza qué ocasión me obligaba a llegar a Laconia divina. Le conté por mi parte la entera verdad y él entonces la respuesta me dio de este modo en aladas palabras: '¿Podrá ser? Demasiado esforzado, el varón cuyo lecho se han propuesto ocupar cuando son ellos mismos tan viles; tal la cierva en el soto en que habita el león poderoso va a acostar a los tiernos cervatos que tiene en crianza y se sale a pastar y correr por las faldas umbrías y los valles herbosos. Volviendo el león a su cama a los dos cervatillos dio muerte cruel: de ese modo vendrá Ulises a echar sobre ellos su triste destino. ¡Ojalá, oh padre Zeus, oh Atena, oh Apolo, llegara con aquella presencia que en Lesbos, de sólidos muros, nos mostraba al refinar con el hijo del rey Filomeno, al que en tierra luchando postó con placer de los dánaos! Tal Ulises debiera esta vez presentarse a esos hombres: ¡bien efímera fuera su vida, bien agrias sus bodas! Mas no habré de eludir tu pregunta y tu ruego contando de otras cosas ni dando rodeos, que en mí no hay falsía: todo aquello te voy a decir que el verídico anciano del océano me habló sin callar ni cambiar cosa alguna. Me afirmó haberlo visto, entregado al dolor, en la isla y palacio que habita la ninfa Calipso; por fuerza le retiene ésta allí sin que pueda volver a su patria, pues no cuenta con barcos de remos ni amigos que ayuden su camino en la espalda gigante del mar.' Así dijo Menelao, el nacido de Atreo, famoso en la lanza. Oído esto el regreso emprendí y una brisa de popa que enviaron los dioses me trajo derecho a la patria."

Tal habló con su madre, exaltó el corazón en su pecho, mas entonces Teoclímeno, a un dios semejante, les dijo: "Venerable consorte de Ulises Lacrótica, tu hijo no ha llegado a entender, pero tú graba en ti mis palabras, pues te voy a augurar con verdad sin dejar nada oculto; y por Zeus ante todo otro dios, por la mesa en que hoy me acogiste y la casa del hombre sin tacha a que llego, te aseguro que Ulises ya está en el país de sus padres; en el duerme, en el anda, investiga estas obras perversas y prepara en su mente a esos hombres desgracia y ruina:

tal señal de las aves noté cuando sobre el sólido barco y, al punto,

La discreta Penélope entonces le dijo: "¡Ojalá tu palabra, extranjero, hallarías bien pronto de mí, y que quienquier te viniese a e

De este modo entre sí conversaban los galanes reunidos allí ante el hogar, disparaban venablos y discos como tanta otra vez, insolentes. Mas la hora llegó de comer y desde todos los hatos del campo los pastores de siempre y entonces el heraldo que más les gustaba. "Pues ya habéis disfrutado, me al palacio venid, preparemos porque no es cosa mala tomar

Tal habló, levantáronse aque tras entrar al palacio de buen por sillones y sillas tendidas degollaron las recias ovejas, los marranos cebados, la vaca y adobaron el rico festín. A e el camino del campo a la cor Aquel buen mayoral en el ha "Pues te empeñas, ¡oh huésped este día a la ciudad, según m querer yo retenerne a guardar me ha tomado y temor no la duros son en verdad los repr sin tardanza a coger el camin y a medida que avance la tar

Contestando a su vez dijo U "Así es, bien lo veo, lo estaba caminemos sin más, veme tú pero entrégame un palo, si a que me apoye yo en él, pues

Tal habló y se cargó la talega con trenzado cordel que serví entregó el porquero un baso y partieron. Quedábanse allí los zagales, los perros, y el fu a la propia ciudad bajo forma de un anciano apoyado en u

Paso a paso bajaban la senda acercando al poblado. A la f la de hermosa corriente, en o La había hecho Policlor con se extendía un redondo sotil por el agua que arriba, brota desde allá fresca siempre; un

La Odisea



Por Homero

CANTO XVII

Asomaba la Aurora temprana de dedos rosados y Telémaco, el hijo divino del príncipe Ulises, andándose a los pies las sandalias hermosas, la lanza empuñó fuerte y grande, ajuntada a sus manos y, amando verse ya en la ciudad, se volvió hacia el porquero y le dijo: "Chuche, es tiempo que corras al palacio y mi madre me vea, pues me doy a pensar que no habrá de oír en su llanto lastimero y cruel, sus sollozos y lágrimas, sino cuando esté yo en persona a sus ojos. Mas esto te encargo: lleva allá a la ciudad no también a ese pobre extranjero, que mendigue el sustento por ella y le dé cada uno lo que quiera, una copa o un pan: con mi carga de pensar no lo puedo atender a quien quiera que llegue. Y si él huésped se mostrase enojado por ello, peor para él mismo, que, de cierto, ni gusto es decir la verdad sin reboso.

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ardid: "Ten seguro, ¡oh amigo!, que yo por mí parte tampoco quiero estar más aquí; para el pobre, mejor que en los campos es pedir el sustento en ciudad. Que me dé aquel que quiera, pues mis años no son para estarme en un bato, sujeto a obediencia de algún mayoral que me mande a su antojo. Vene, pues, y este hombre, a quien tú lo has mandado, me gué una vez me calienté al hogar y entre mis la mañana. Mis vestidos no son más que harapos, no voy a la corte de la aurora a enfermarme: el poblado está, dicen, muy lejós."

Así dijo y Telémaco, al punto, con ágiles pasos la majada cruzó meditando ruina a los fieros pretendientes. Llegado al palacio de buena vivienda, dejó luego la lanza apoyada en espada columna y pasó al interior a través del zaguán empedrado.

La primera con mucho en notable fue el ama Euríclida, que vendía tapetes de lana en los ojos sillones, y con lágrimas fuese derecha hacia él. En su pecho se reunieron más siervas de Ulises, el héroe paciente, y vendiéndole a besar con amor la cabeza y los hombros.

La discreta Penélope luego llegó de su estancia, semejante a Artemisa en figura o a la diosa Afrodita, y llorando arrojó los dos brazos en torno del hijo bien amado, besó su cabeza, sus ojos hermosos, y entre vivos lamentos le dijo en aladas palabras: "Has llegado, Telémaco, al fin, dulce luz. No creía ya volverme a ver más tras tu ida secreta en el barco rumbo a Fero a despecho de mí, por saber de tu padre: mas refiriendo todo según lo oíste: ni mismo."

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta: "No más quejas, ¡oh madre! No apenas de nuevo mi alma en el pecho despierta que he escapado a la ahuyenta ruina. Ve a bañarte primero y, ciñéndote ropas sin mancha, sube allá con tus siervas e invoca en tu estancia a los dioses con promesa de hacerles un tiempo hecatombas cumplidas

si es que Zeus conduce a buen fin vengadoras empresas. Por mi parte hacia el agua voy, pues he de traerme para así un extranjero que vino conmigo de Pilos: con mis hombres egregios aquí lo mandé y a Píreo le encargué de llevarlo a su casa, hospedarlo y prestarle atención y cuidado hasta tanto que yo regresase."

Tal habló, mas ninguna palabra escapó ya a su madre, ni no fuese a bañarse, cambiando de ropa, a los dioses la promesa ofreció de hecatombas cumplidas si Zeus algún día llevaba a buen fin vengadoras empresas.

Ya Telémaco iba a través de la sala empujando su gran lanza, seguidamente los ágiles perros, y Atena tan divino esplendor le vertió por el cuerpo, que todos los que hallaba a su paso quedábanse absortos al verle. En su torno venían a agruparse los faunos galanes con palabras de halago y andurriales maldades por dentro, pero él evitó hablar con ellos y al lado sentóse de Mentor, Halicón y Anílo, amigos de siempre de Ulises, su padre: le fueron haciendo preguntas sobre todo y a poco acercábase al grupo Píreo, el lancero famoso. Al varón forastero venía por el pueblo guiando a la plaza y Telémaco al verlo diligente al encuentro salió de su huésped. Mas antes que él hablase, Píreo dijo: así oír y le dijo: "¡Oh Telémaco! Manda a tus siervas a casa y con ellas te envíen los presentes que otrora te dio Menelao."

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta: "No sabemos, Píreo, qué fin va a tener todo esto: si los faunos galanes consiguen matarme en mis salas a traición y repanten mis bienes paternos, príncipe que seas tú, no otro alguno de aquellos, quien goce esos bienes. Si soy yo quien encima les echa la paca y la muerte, tiempo habrá de que a casa los traiga con mutua alegría."

Tal diciendo llévase a su hogar al sufrido extranjero y al llegar al palacio de buena vivienda, dejaron por sillones y sillas tendidas las capas y, yendo a los baños pulidos, bañáronse. Allí las sirvientas, tras dejarse lavados y ungirles la piel con aceite, les dijeron la túnica y manto velludo y, saliendo de los baños, marcharon los dos a sentarse en la sala. Con un jarro de oro llegaba al momento una sierva: sobre fuste de plata vertióle el agua en las manos y los puso debajo una mesa bañada, la honrada dispensera, trayéndoles pan, colócolo a su lado y otros muchos manjares sirvió de la rica despensa: frente a ellos Penélope estaba sentada en su silla junto al fuego y haciendo girar sus suaves vellones. Al manjar que delante tenían lanzaron las manos y, a su paso, satisfecho el placer de comida y bebida, escucharse se dejó la primera Penélope y dijo: "Voy, Telémaco, ya a recogerme en mis salas de arriba, a ocupar aquel lecho doliente que empañan mis ojos con sus lloros sin fin desde el día en que a Ilión marchó Ulises

con los hijos de Atreo; mas tú no te haré dudo el trabajo, cuando aún no se hallaban en casa esos hombres soberbios, de contarme si algo llegaste a escuchar de la viuda de tu padre". El discreto Telémaco entonces repuso: "Pues, ¡oh madre!, te voy a decir la verdad toda entera. Arribamos a Pilos allí Néstor, pastor de sus genios, acogiémos a su excelsa morada con tanto cariño como un padre a su hijo ya ausente de tiempo que acaba de llegar de lejano país semejante extremos de agasajo me tuvo y lo mismo sus hijos gloriosos. Sobre Ulises, su vida o su muerte me dijo que nada había oído a mortal que viviese en la tierra, enviárame a inquirir del nacido de Atreo, el famoso en la lanza Menelao, y armando su carro, me dio sus corceles. A la angélica Helena allí vi, la mujer por quien tanto trabajar hizo el ciclo a troyanos y argivos; y el rey Menelao, valiente en la guerra, llegó a Laconia divina. Le conté por mi parte la entera verdad y él entonces la respuesta me dio de este modo en aladas palabras: '¿Podrá ser? Demasiado estorbo, el varón cuyo lecho se han propuesto ocupar cuando son ellos mismos tan viles; tal la ciencia en el soto en que habita el León poderoso va a acostar a los tiempos cervatos que tiene en crianza y se sale a pastar y correr por las faldas umbrías y los valles herbosos. Volviendo el León a su cama a los dos cervatillos dio muerte cruel de ese modo vendrá Ulises a echar sobre ellos su triste destino. ¡Ojalá, oh padre Zeus, oh Atena, oh Apolo!, llegara con aquella presencia que en Leobos, de sólidos muros, nos mostraba al refirir con el hijo del rey Filomeno, al que en tierra luchando podrá con placer de los dioses! Tal Ulises debiera estar y presentarse a esos hombres: ¡bien eflimen fuera su vida, bien agrías sus bodas! Mas no habrá de eludir tu pregunta y tu ruego conando de otras cosas ni dando rodeos, que en mí no hay falsía, todo aquello te voy a decir que él verdoso anciano del océano me habló sin callar ni cambiar cosa alguna. Me afirmó haberlo visto, empujando el dolor, en la isla y palacio que habita la ninfa Calipso; por fuerza le retiene ésa allí sin que pueda volver a su patria, pues no cuenta con barcos de remos ni amigos que ayuden su camino en la espada gigante del mar'. Así dijo Menelao, el nacido de Atreo, famoso en la lanza. Oído eso el regazo empuñé y una brisa de popa que enviaron los dioses me trajo derecho a la patria."

Tal habló con su madre, exaltó el corazón en su pecho, mas entonces Teodómeno, a un Dios semejante, les dijo: "Venerable consorte de Ulises Laertiada, tu hijo no ha llegado a entender, pero tú graba en ti mis palabras, pues te voy a augurar con verdad sin dejar nada oculto; y por Zeus ante todo otro día, por la mesa en que hoy me acogiste y la casa del hombre sin pacha de que luego, te aseguro que Ulises ya está en el día de sus padres; en el duerno, en el anda, invierte estas obras perversas y prepara en su mente a esos hombres de gracia y ruina:

tal señal de las aves noté cuando estaba sentado sobre el sólido barco y, al punto, mostré a tu hijo."

La discreta Penélope entonces le dijo en respuesta: "¡Ojalá tu palabra, extranjero, se cumpla! Con ello hallarías bien pronto de mí, ¡ay!, tal amor, tales dones, que quicniere te viniese a encontrar te rendiría por dichoso."

De este modo entre sí conversaban los tres y entre tanto los galanes reunidos allí ante las salas de Ulises disparaban venablos y discos tomando por suya como tanta otra vez, insolentes, aquella explanada. Mas la hora llegó de comer y vinieron las reses desde todos los hnos del campo; traían las misas portadoras de siempre y entonces les dijo Medonte, el heraldo que más les gustaba y con ellos comía: "Pues ya habéis disfrutado, muchachos, jugando esos juegos, que rehús el trabajo. Encogido andará por el pueblo y que irá mendigando. Lenar su insaciable barriga. Y otra cosa diré que se habrá de cumplir: si se llega al palacio de Ulises, de allí le echarán y una nube de escalotes vendrá sobre él dispartida por manos de varones e irá casa abajo a quebrarse en sus huesos."

Tal habló, levantándose aquellos siguiendo el consejo; tras entrar al palacio de buena vivienda, dejaron por sillones y sillas tendidas las capas y luego degollaron las reses ovejas, las cabras leonias, los marranos cebados, la vaca robada al apírico, y adobaron el rico festín. A este tiempo emprendían el camino del campo a la corte del porquero y Ulises. Aquel buen mayoral en el hato le iba dicho a éste: "Pues te empeñas, ¡oh huésped!, en ir sin dejar que transcurra este día a la ciudad, según manda mi amo, no obstante querer yo retenerme a guardar la majada, respecto me he tomado y temor no la emprenda después el comasgo: duras son en verdad los reproches de príncipes. Vamos sin tardanza a coger el camino, declina ya el día y a medida que avance la tarde, trázame más frío."

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en astucias: "Así es, bien lo veo, lo estaba pensando yo mismo: caminemos sin más, veme tú conduciendo delante, pero enrígane un pulo, si alguno cortado resaca, que me apoye yo en él, pues se dice que es agrio el sendero."

Tal habló y se cargó la talega averiada y deforme con trenzado cordel que servía a supeñarla del hombro; entrególe el porquero un bastón que empuñó bien contento y partieron. Quedábase allí custodiando el establo los tagales, los perros, y al fue conduciendo a su rey a la propia ciudad bajo forma de un pobre mendigo, de un anciano apoyado en un leño y vestido de andrajos.

Paso a paso bajaban la senda fragosa y se iban acercando al poblado. A la fuente labrada llegaban, la de hermosa corriente, en que él agua tornaba aquel pueblo. La había hecho Políctor con Iaco y Néstor: en torno se cernía laica, empuñaba su címbalo Fenio cuando aquí, apretando la mano al porquero, le dijo: "De seguro, ¡oh Eumeol, que es ésta la casa de Ulises,

coronaba la roca y en él los viandantes dejaban sus ofrendas. Allí se encontraron al hijo de Dolio, a Melante; llevaba unas cabras, la flor de las greyes, para aquellos galanes soberbios y atrás le seguían dos tagales. Apenas los vio, destado en injurias sin mesura y sin tino, irritó las entrañas de Ulises: "Razón es que el villano conduca al villano, que siempre junta un dios al igual con aquel que le iguala; hacia dónde lleve tú a semejante gorrón, ¡oh gentil porquero!, a ese pobre aqueante, aguiador de festines, que en tantas portaldas sus lomos habrá de rozar aguardando los mendrugos de pan, no calderas, de cierto, ni espadas? Si quisieras cedérmelo a mí que guardase mi hato y barriese el establo y llevase el ramón a los chivos, llenaría sus mulos de carne y bebiera buen suero; mas, pues sabe tan sólo de viles oficios, seguro que rehús el trabajo. Encogido andará por el pueblo y que irá mendigando. Lenar su insaciable barriga. Y otra cosa diré que se habrá de cumplir: si se llega al palacio de Ulises, de allí le echarán y una nube de escalotes vendrá sobre él dispartida por manos de varones e irá casa abajo a quebrarse en sus huesos."

Tal diciendo acróse y de un salto le hirió en su vesania con el pie en el tórax, pero no le arrojó del sendero, y Ulises mantúvose firme: pensaba si echase sobre él con el palo y de un golpe quitarle la vida o, tornándole en vilo, cerrándole los sesos en tierra. Esforzose, no obstante, y contóvose. En tanto, el porquero se encará con el otro y así levantando sus brazos: "Ninfa de esa fontana, nacida de Zeus, si en un tiempo os quemó el rey Ulises aquí pingües mulos de chotos o corderos cubiertos de grasa abundante, cumplidme lo que voy a pedir: venga ya aquel varón, que lo traiga algún dios; de un varo habrá de él bajaran esos humos con que tú te pasas insolente corriendo sin tregua la ciudad mientras malos paucos consumen las reses."

Y en respuesta le dijo Medante, el pastor cabrerío: "¡Ay de mí! ¿Qué se atreve a decir este pífido perro? Yo lo habré de llevar desde ésta a tierras lejanas algún día en un negro y seguro baje: me valdrá una fortuna, ¡ah, que no hieren Apolo, el del arco de plata, en las salas a Telémaco hoy mismo o cayen al funo de los monos como Ulises perdió en lejas tierras la luz del regreso!"

Tal diciendo dejóles seguir con su paso tranquilo y él, marchando, llegó bien aprisa a la casa del rey; penetró en el palacio y se sentó entre aquellos galanes, frente a Euríclida; él era entre todos su amigo querido. Los sirvientes trajéronle luego su parte de carnes y la hid dispensa llegó con el pan y dejólo a su lado. Entretanto, ya Ulises y el noble parageo deteniábase a la puerta: en su torno vibraban los sonos de la cónara líca, empuñaba su címbalo Fenio cuando aquí, apretando la mano al porquero, le dijo: "De seguro, ¡oh Eumeol, que es ésta la casa de Ulises,

casa hermosa que bien se distingue aun estando entre muchas. Una pieza se sigue a la otra, y el patio adosado tiene cerco de muros y almenas; la puerta es muy fuerte, de dos hojas: no hay hombre de cierto que pueda forzada. Ya se advierte que ahí multitud de varones celebran un banquete: se huele la grasa y resaca la líca, que los dioses quisieron hacer del festín compañía."

Respondiéndole tú, mayoral de los cerdos, Eumeo: "Acertaste, que en todo te muestras discreto, mas ¡ay!, hora es ya de pensar lo que habremos de hacer: o el primero entras tú en el palacio de buena vivienda a meterle en mitad de esos monos y yo aquí me quedo o, si quieres, tú aguardar, paso yo por delante hacia dentro; mas cuida de evitar la demora, no ocurra que alguno del pueblo te periga a pedradas o golpes; preciso es pensar."

Contestando a su vez dijo Ulises, el héroe paciente: "Me hago cargo, comprendo, lo estaba pensando yo mismo; mas será lo mejor que tu waya allá, yo a la puerta quedarte. No me asustan de cierto pedradas ni golpes, que esforzado es mi ánimo y ya soporté muchos males en la guerra y el mar: denle colmo esos otros abor, pero a un vientre que grita su hambre no puedes callarlo, ¡el maldito, que trae a los hombres desgracias sin cuento y aun los mueve a equipar esas naves poeantes que llevan por el mar infundiendo ruina a las gentes contrarias!"

Tal hablaban los dos entre sí cuando vieron un perro que se hallaba allí echado e ingirió su cabeza y orejas: era Argo, aquel perro de Ulises paciente que él mismo allá en tiempos crió sin lograr disfrutarlo, pues tuvo que partir para Troya sagrada. Los jóvenes luego lo llevaban a cazas de cabras, cervatos y liebres, mas ya entonces, ausente su dueño, yacía despreciado sobre un cerco de esférol de mulas y buyes que habían derramado ante el porche hasta tanto vivían los siervos y abosaron con ello el estremo jardín. En tal guisa de miseria enjaido se hallaba el can Argo; con todo, bien a Ulises notó que hacía él se acercaba y, al punto, colando dejó las orejas caer, mas no tuvo fuerzas ya para alzarse y llegar a su amo. Ante el verbo desuza su mirada, enjugóse una lágrima, burlando prestamente su rostro al porquero, y al cabo le dijo: "Cosa extraña es, Eumeo, que yxaga tal perro en esférol: tiene hermosa figura en verdad, aunque no se me alcanza si con ella también fue ligero en correr o tan solo de esa clase de canes de mesa que tienen los hombres y los príncipes cuidan, pues suelen servirles de ornato."

Respondiéndole tú, mayoral de los cerdos, Eumeo: "Ciertamente ese perro es del hombre que ha muerto allí lejos y si en cuerpo y en obras boy fueres lo mismo que era, cuando Ulises aquí lo dejaba al partirse hacia Troya, pronto echarás tú mismo de ver su vida y presencia. Animal que él siguió a través de los fríos umbrales de la selva jamás se le fue, e igual era en nuestro.

Mas ahora su mal le ha vencido: su dueño halló muerte por extraño país; las mujeres de él no se acuerdan ni le cuidan; los siervos, si falta el poder de sus amos, nada quieren hacer ni cumplir con lo justo, que Zeus el tonante arroba al varón la mitad de su fuerza desde el día que en él hace presa la vil servidumbre."

Tal habló, penetró en el palacio de buena vivienda y derecho se fue al gran salón donde estaban los nobles pretendientes; y a Argo sumióle la muerte en sus sombras no más ver a su dueño de vuelta al vigésimo año.

Mas Telémaco, un dios en figura, notó antes que nadie al porquero que entraba en la sala; llamólo por señas hacia sí. Miró él en su torno y cogió un taburete que allí estaba tirado: servíale al trinchante de asiento al cortar las viandas, regalo de aquellos galanes. Arrojólo a la mesa en que estaba Telémaco; en frente colócolo y sentóse; fue luego el heraldo y le puso su ración por delante y el pan que sacó de la cesta.

Pero poco después que el porquero llegó Ulises mismo al palacio en figura de un pobre mendigo, de un vijo que apoyado en un leño veaba su piel con andrajos. Tras la puerta se echó en el umbral de madera de Fresno, reclinado en el quicio que un artista hizo anatio de ciprés y pulido orizó regulándolo a cuerda. Al notarlo Telémaco, alando una hogaza en sus manos del precioso cestillo, tomó los pedazos de carne que cupieron en ellas y, vuelto al porquero, le dijo: "Vea llevar esto al huésped y élle que luego dé vueltas por la sala pidiendo uno a uno a los muchos galanes, que no es bien demostrar contadad quien precisa socorro."

Tal habló. Fue el porquero una vez que escuchó su mandato y llegándose a Ulises le dijo en aladas palabras: "Esto es don de Telémaco, huésped, y manda que luego des la vuelta a la sala pidiendo a esos monos, pues dice que no es buen mozo contadad quien precisa socorro."

Ya a su vez dijo entonces Ulises, el rico en ingenio: "Dame, ¡oh Zeus!, que logre Telémaco dicha entre todos los mortales y cumpliesse aquello que anhela en su pecho."

Tal diciendo tomó entre sus manos el don y lo puso por delante, a sus pies, sobre aquella su misera alfaja, y quedose comiendo el adco cantaba en la sala. Acabada que fue la comida y callando el sordo, los galanes giraban por todo el recinto y Atena, acercándose a Ulises Laertiada, moviólo a que fuera recogiendo mendrugos de pan de los muchos galanes y probase quizá era entre ellos honrado o perverso. ¡Así mismo no había de librarse de desgracia a ninguno! Empezó por el lado derecho y pidió a cada hombre extendiendo su mano; dijérase un dacho mendugo. Por piedad daban ellos y a un tiempo admirante todos, preguntando uno a otro quién era y de dónde venía. ●

Se reproduce por gentileza de editorial Crea.



estaba sentado
mostrela a tu hijo."

le dijo en respuesta:
cumpla! Con ello
tal amor, tales dones,
contrar te tendría por dichoso."

ban los tres y entretanto
salas de Ulises
mando por suya
aquella explanada.
nicieron las reses
y traían las los mismos porta-
dijo Medonte,
con ellos comía:
achos, jugando esos juegos,
el el banquete,
a comida a sus horas."

siguiendo el consejo;
vivienda, dejaron
capas y luego
cabras lozanas,
bada al aprisco,
tiempo emprendían
el porquero y Ulises.
le había dicho a éste:

en ir sin dejar que transcurra
da mi amo, no obstante
majada, respeto
aprenda después el conmigo:
es de príncipes. Vamos
declina ya el día
traeráns más frío."

es, el rico en astucias:
ansando yo mismo;
nducendo delante,
no cortado reservas,
dice que es agrio el sendero."

erriada y deforme
a suspenderla del hombro;
que empuñó bien contento
odiando el establo
nducendo a su rey
e un pobre mendigo,
efío y vestido de andrajos.

gosa y se iban
te labrada llegaban,
el agua tomaba aquel pueblo.
co y Nérito: en torno
con chopos nutridos
en la peña, caía
ar consagrado a las ninfas

coronaba la roca y en él los viandantes dejaban
sus ofrendas. Allí se encontraron al hijo de Dolio,
a Melantio: llevaba unas cabras, la flor de las greyes,
para aquellos galanes soberbios y atrás le seguían
dos zagales. Apenas los vio, desatado en injurias
sin mesura y sin tino, irritó las entrañas de Ulises:
"Razón es que el villano conduzca al villano, que siempre
junta un dios al igual con aquel que le iguala: ¿hacia dónde
llevas tú a semejante gorrón, oh gentil porquerizo,
a ese pobre asqueroso, aguador de festines, que en tantas
portaladas sus lomos habrá de rozar aguardando
los mendrugos de pan, no calderas, de cierto, ni espadas?
Si quisieras cedérmelo a mí que guardase mi hato
y barriese el establo y llevase el ramón a los chivos,
llenaría sus muslos de carne y bebiera buen suero;
mas, pues sabe tan sólo de viles oficios, seguro
que rehúsa el trabajo. Encogido andará por el pueblo y que-
rrá mendigando llenar su insaciable barriga.
Y otra cosa diré que se habrá de cumplir: si se llega
al palacio de Ulises, de allí le echarán y una nube
de escabeles vendrá sobre él disparada por manos
de varones e irá casa abajo a quebrarse en sus huesos."

Tal diciendo acercóse y de un salto le hirió en su vesania
con el pie en el jar, pero no le arrojó del sendero,
pues Ulises mantúvose firme: pensaba si echarse
sobre él con el palo y de un golpe quitarle la vida
o, tomándole en vilo, estrellarle los sesos en tierra.
Esforzóse, no obstante, y contiúvose. En tanto, el porquero
se encará con el otro y oró levantando sus brazos:
"Ninfas de esta fontana, nacidas de Zeus, si en un tiempo
os quemó el rey Ulises aquí pingües muslos de chotos
o corderos cubiertos de grasa abundante, cumplidme
lo que voy a pedir: venga ya aquel varón, que lo traiga
algún dios; de una vez habría él de bajarte esos humos
con que tú te pasas insolente corriendo sin tregua
la ciudad mientras malos pastores consumen las reses."

Y en respuesta le dijo Melantio, el pastor cabrerizo:
"¿Ay de mí! ¿Qué se atreve a decir este péfido perro?
Yo lo habré de llevar desde Itaca a tierras lejanas
algún día en un negro y seguro bajel: me valdrá una fortuna.
¡Ah, que no hiriera Apolo, el del arco de plata, en las salas
a Telémaco hoy mismo o cayera al furor de los mozos
como Ulises perdió en lejas tierras la luz del regreso!"

Tal diciendo dejélos seguir con su paso tranquilo
y él, marchando, llegó bien aprisa a la casa del rey;
penetró en ella al punto y sentóse entre aquellos galanes,
frente a Eurímaco; él era entre todos su amigo querido.
Los sirvientes trajéronle luego su parte de carnes
y la fiel dispensera llegó con el pan y dejólo
a su lado. Entretanto, ya Ulises y el noble piariego
deteníanse a la puerta: en su torno vibraban los sonos
de la cóncava lira; empezaba su cántico Fermio
cuando aquél, apretando la mano al porquero, le dijo:
"De seguro, ¡oh Eumeo!, que es ésta la casa de Ulises,

casa hermosa que bien se distingue aun estando entre muchas.
Una pieza se sigue a la otra, y el patio adosado
tiene cerco de muros y almenas; la puerta es muy fuerte,
de dos hojas: no hay hombre de cierto que pueda forzarla.
Ya se advierte que ahí multitud de varones celebran
un banquete: se huele la grasa y resuena la lira,
que los dioses quisieron hacer del festín compañera."

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
"Acertaste, que en todo te muestras discreto, mas ¡ca!,
hora es ya de pensar lo que habremos de hacer: o el primero
entras tú en el palacio de buena vivienda a meterte
en mitad de esos mozos y yo aquí me quedo o, si quieres
tú aguardar, paso yo por delante hacia dentro; mas cuida
de evitar la demora, no ocurra que alguno del pueblo
te persiga a pedradas o golpes: preciso es pensarlo."

Contestando a su vez dijo Ulises, el héroe paciente:
"Me hago cargo, comprendo, lo estaba pensando yo mismo;
mas será lo mejor que tu vayas allá, yo a la puerta quedaré.
No me asustan de cierto pedradas ni golpes,
que esforzado es mi ánimo y ya soporté muchos males
en la guerra y el mar: denle colmo esos otros ahora.
pero a un vientre que grita su hambre no puedes callarlo,
¡el maldito, que trae a los hombres desgracias sin cuento
y aun los mueve a equipar esas naves potentes que llevan
por el mar infecundo ruina a las gentes contrarias!"

Tal hablaban los dos entre sí cuando vieron un perro
que se hallaba allí echado e irguió su cabeza y orejas:
era Argo, aquel perro de Ulises paciente que él mismo
allá en tiempos crió sin lograr disfrutarlo, pues tuvo
que partir para Troya sagrada. Los jóvenes luego
lo llevaban a cazar de cabras, cervatos y liebres,
mas ya entonces, ausente su dueño, yacía despreciado
sobre un cerro de estiércol de mulas y bueyes que habían
derramado ante el porche hasta tanto viniesen los siervos
y abonasen con ello el extenso jardín. En tal guisa
de miseria cuajado se hallaba el can Argo; con todo,
bien a Ulises notó que hacia él se acercaba y, al punto,
coleando dejó las orejas caer, mas no tuvo
fuerzas ya para alzarse y llegar a su amo. Este al verlo
desvió su mirada, enjugóse una lágrima, hurtando
prestamente su rostro al porquero, y al cabo le dijo:
"Cosa extraña es, Eumeo, que yazga tal perro en estiércol:
tiene hermosa figura en verdad, aunque no se me alcanza
si con ella también fue ligero en correr o tan solo
de esa clase de canes de mesa que tienen los hombres
y los príncipes cuidan, pues suelen servirles de ornato."

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
"Ciertamente ese perro es del hombre que ha muerto allá lejos
y si en cuerpo y en obras hoy fuese lo mismo que era,
cuando Ulises aquí lo dejaba al partirse hacia Troya,
pronto echarás tú mismo de ver su vigor y presteza.
Animal que él siguiese a través de los fondos umbríos
de la selva jamás se le fue, e igual era en rastro."

Mas ahora su mal le ha vencido: su dueño halló muerte
por extraño país; las mujeres de él no se acuerdan
ni le cuidan; los siervos, si falta el poder de sus amos,
nada quieren hacer ni cumplir con lo justo, que Zeus
el tonante arrebató al varón la mitad de su fuerza
desde el día que en él hace presa la vil servidumbre."

Tal habló, penetró en el palacio de buena vivienda
y derecho se fue al gran salón donde estaban los nobles
pretendientes; y a Argo sumióle la muerte en sus sombras
no más ver a su dueño de vuelta al vigésimo año.

Mas Telémaco, un dios en figura, notó antes que nadie
al porquero que entraba en la sala; llamóle por señas
hacia sí. Miró él en su torno y cogió un taburete
que allá estaba tirado: servíale al trinchante de asiento
al cortar las viandas, regalo de aquellos galanes.
Arrojólo a la mesa en que estaba Telémaco; en frente
colocólo y sentóse; fue luego el heraldito y le puso
su ración por delante y el pan que sacó de la cesta.

Pero poco después que el porquero llegó Ulises mismo
al palacio en figura de un pobre mendigo, de un viejo que
apoyado en un leño velaba su piel con andrajos.
Tras la puerta se echó en el umbral de madera de fresno,
reclinado en el quicio que un hábil artista hizo antaño
de ciprés y pulido erigió regulándolo a cuerda.
Al notar lo Telémaco, alzando una hogaza en sus manos
del precioso cestillo, tomó los pedazos de carne
que cupieron en ellas y, vuelto al porquero, le dijo:
"Ve a llevar esto al huésped y dile que luego dé vueltas
por la sala pidiendo uno a uno a los muchos galanes,
que no es bien demostrar cortedad quien precisa socorro."

Tal habló, Fue el porquero una vez que escuchó su mandato
y llegándose a Ulises le dijo en aladas palabras:
"Esto es don de Telémaco, huésped, y manda que luego
des la vuelta a la sala pidiendo a esos mozos, pues dice
que no es bueno mostrar cortedad quien en súplica llega."

Y a su vez dijo entonces Ulises, el rico en ingenios:
"Dame, ¡oh Zeus!, que logre Telémaco dicha entre todos
los mortales y cúmplase aquello que anhele en su pecho."

Tal diciendo tomó entre sus manos el don y lo puso
por delante, a sus pies, sobre aquella su mísera alforja,
y quedóse comiendo: el aedo cantaba en la sala.
Acabada que fue la comida y callando el aedo,
los galanes gritaban por todo el recinto y Atena,
acercándose a Ulises laertíada, moviólo a que fuera
recogiendo mendrugos de pan de los muchos galanes
y probase quién era entre ellos honrado o perverso.
¡Así mismo no había de librar de desgracia a ninguno!
Empezó por el lado derecho y pidió a cada hombre
extendiendo su mano; dijérase un ducho mendre.
Por piedad daban ellos y a un tiempo admirábanle todos,
preguntando uno a otro quién era y de dónde venía. ●

verano JUEGOS

DAMERO ENIGMATICO

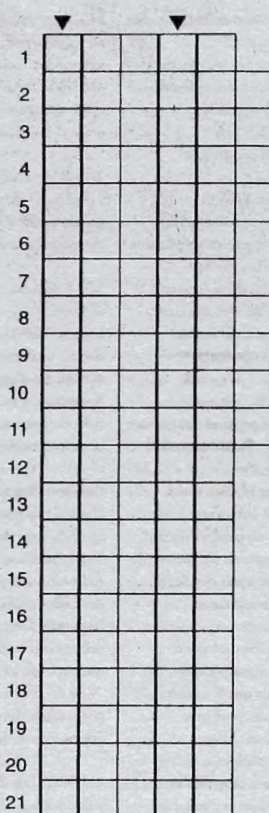
En las definiciones de este damero encontrará intercalaciones (El MORO CHOcó con el moreno = MOROCHO), juegos de palabras (Entrega en la raDA=DA), acertijos (Fue don Corleone = BRANDO) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: CAMARAS = MASCARA). Estos últimos están indicados en negrita. En las columnas señaladas aparecerá una frase. Como ayuda, van las sílabas que forman las palabras buscadas.

DEFINICIONES

- Comieron cada trozo en forma feroz.
- Quiero que les lea mi mensaje a los fieles.
- No haré nada nuevo en el serrallo.
- Oxígeno, cobre y dúo para dar trabajo.
- No rima: es curiosa.
- Por robar cayó en el lodo.
- La ráfaga de la cucaracha.
- Casi me despejo frente al cristal azogado.
- No te rías cuando repites lo que dices.
- Por no comer, Marta, tu fuerza va a disminuir.
- Suspira también el corsario.
- Dictamina que es un piano.
- Algo que corre de boca en boca.
- "Esta ... villover", dijo Manzanero.
- Aunque no me guste, Don, lo trataré de ...
- Lebon es ilustre.
- Tomo vino y veo una oveja.
- El indio cauto teme al protector de la tribu.
- Escalé picos en acto heroico.
- Se destaca entre una rizada cabellera.
- Regó el nogal con esta medida de agua.

SILABAS

a, a, ba, ble, cha, co, cu, de, é, es, ga, ha, i, jo, le, les, lón, mar, mer, mi, mor, na, na, na, no, no,



o, o, o, par, pe, pi, pi, ra, ra, ras, rén, riz, ro, rro, ru, ta, tar, te, ted, tem, tó, troz, us, vi.



INVENTO POR ENTREGAS

Cinco cadetes muy imaginativos de una empresa de encomiendas están seguros de que los paquetes que llevarán al profesor Mente Suelta son para construir en secreto un pavoroso invento que revolucionará el mundo. Averigüe qué encomienda llevó cada cadete, qué día y para construir qué, según cada uno.

- Los caños se llevaron dos días después de que Gregorio dejara su encomienda.
- Quien imaginó una Ventana Dimensional entregó su paquete un día antes que el gran disco.
- Francisco (que entregó lo suyo el martes) estaba seguro de que el profesor estaba construyendo un Desmaterializador. En cambio, Arcemio no creía que fuera un Transformador de Energía Lunar, ni Nahuel

- imaginó un Comunicador Espacial.
- El martes se entregó la batería pero el sillón no fue entregado el lunes.
- José no llevó nada el jueves ni el miércoles.
- Nahuel entregó un gran disco de metal.
- La entrega que hizo Arcemio fue tres días antes que el disco.
- Quien hizo su entrega el lunes no pensó en un Comunicador Espacial.



	Día	Entregó	Imaginó
Nombre	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles
	Jueves	Viernes	Sábado
	Domingo	Lunes	Martes
	Miércoles	Jueves	Viernes
	Sábado	Domingo	Lunes
	Martes	Miércoles	Jueves
	Viernes	Sábado	Domingo
	Lunes	Martes	Miércoles